

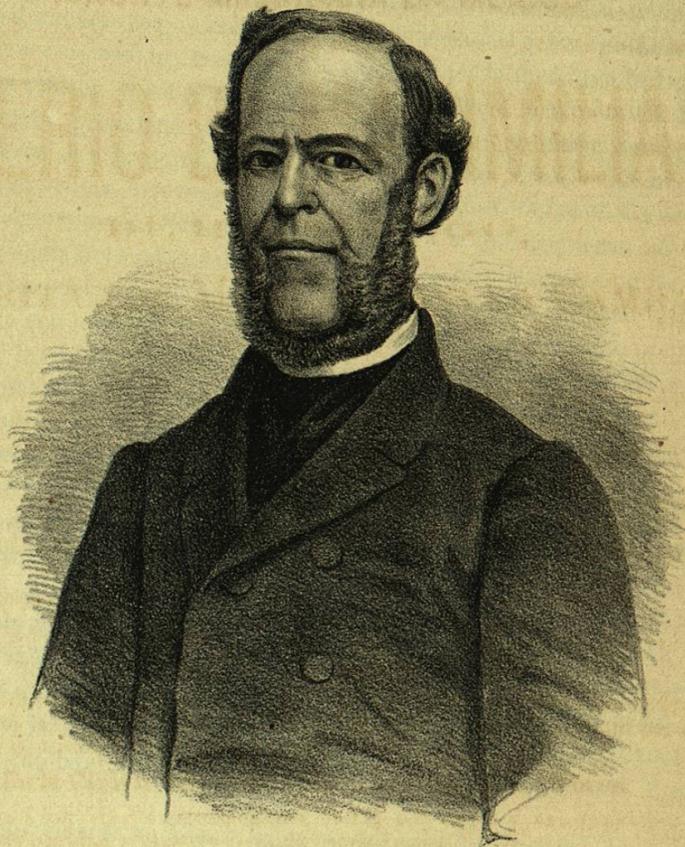
había invitado para acompañarle en la visita de despedida que iba á hacer á las Cortes europeas; también le fué presentado por Almonte en la Soledad el general Galvez, cuyas tropas, que tenían el título de exploradores, cuidaban el camino á convenientes distancias; detrás del coche en que iban los Emperadores marchaba un escuadrón de la Guardia Imperial con su coronel D. Miguel López que cabalgaba á la derecha del carruaje.

En el pueblito llamado el Camarón, las tropas francesas también formaron valla y fueron adornadas las casas y barracas; frente al cuartel fué levantado un arco triunfal. A las tres y media de la tarde llegaban los Emperadores á Paso del Macho, donde los recibieron las autoridades de Córdoba y entre ellas el comandante superior francés; se sirvió la comida en un gran salón arreglado para el efecto. Dejando allí á los ginetes del jefe Galvez y al escuadrón de la Guardia Imperial, continuaron su viaje á las cinco de la tarde, escoltados por otro escuadrón de la misma Guardia y Lanceros de Orizaba que pertenecían á la brigada Arduéñes. Desde allí formaron parte de la comitiva imperial los generales De Maussion y Galvez que iban inmediatamente detrás del coche de los Emperadores. Estos ya se sentían fatigados, por haber atravesado las tristes llanuras de la zona ardiente bajo un sol abrasador y estaban ansiosos de aspirar aires más puros y ver paisajes menos áridos.

Sorprendidos por la noche avanzaban lentamente en medio de la oscuridad, por el fragoso camino que serpentea en la falda de la montaña, y aunque se quiso alumbrar la vía encendiendo velas, el viento y la lluvia las apagaban; la oscuridad hacía la marcha más pesada y molesta; un incidente desagradable aumentó las penalidades de los viajeros cerca del punto nombrado San Alejo, casi á 500 varas del río del mismo nombre, entre el paraje y el cerro del Chiquihuite rompióse el eje del coche en que iban los Emperadores, quienes se apearon sin dar gran importancia al contratiempo; pero siendo imposible componer el carruaje, continuaron en la diligencia que conducía á los generales de Maussion y Galvez.

Siguió la comitiva por senderos fangosos y descompuestos hasta la hacienda del Potrero, donde se detuvieron para recibir á la familia del general Almonte y algunas señoras, y á varios imperialistas que allí les esperaban; se procuró volver á alumbrar el camino; pero no se logró, sino á intervalos, porque el viento y la lluvia arreciaban, teniendo que seguir á oscuras la comitiva imperial desde el punto llamado Paraje Nuevo. Mal recibían los elementos á Sus Magestades en el primer viaje que hacían por sus nuevos dominios, creciendo las dificultades al grado de haberse visto obligada la comitiva á detenerse; así habría permanecido sin el auxilio oportuno de una multitud de indígenas, enviados de Córdoba con hachas de viento para alumbrar la ruta y solamente así se pudo llegar á Córdoba á las dos y media de la mañana.

A pesar de ser la hora tan avanzada, estaba en la garita el Ayuntamiento presidido por D. José Julian Carrillo, quien entregó á Maximiliano las llaves de la ciudad pronunciando un discurso que le fué contestado en términos benévolos:



*D. Juan de Dios Peza*

Al establecerse la Regencia creada por el voto de la Asamblea de los Notables, fué nombrado subsecretario de Guerra, en cuyo puesto permaneció durante el gobierno imperial presidido por el príncipe Maximiliano de Austria. Acompañó al Emperador en el viaje al interior de la República, y entonces fué nombrado ministro de la Guerra. Tuvo muchos enemigos entre los militares que juzgaron indecoroso que dirigiese el ramo de Guerra un paisano.

la ciudad estaba iluminada y en las calles se veía bastante concurrencia, aunque muchos curiosos, rendidos por el sueño, se habían retirado á sus casas; fué grande el ruido de las salvas y cohetes y las aclamaciones y los repiques de las campanas, porción de individuos llevando hachas de viento iban escoltando á la comitiva; en la calle principal había arcos de ramas y flores, los balcones y las ventanas estaban adornadas con cortinas; los Emperadores saludaban á la multitud de la que partían entusiastas vítores. Una comisión de señoras recibió á la emperatriz en la habitación que estaba preparada para ella y Maximiliano; se sirvió un ligero refresco y los viajeros se entregaron al descanso después de jornada tan larga y penosa por el ardiente clima. Los fuertes aguaceros habían descompuesto el adorno de las calles. Al siguiente día hubo *Te Deum* y misa á la que asistieron los emperadores, por ser el día del santo titular de Maximiliano, acompañados de las autoridades, y después tuvieron verificativo las felicitaciones; llamó la atención que la Emperatriz hablara con los alcaldes indígenas de Amatlan y Calchahualco, preguntándoles sobre los ramos que forman la riqueza de los respectivos pueblos y los invitó á que concurrieran á la comida que duró de las siete de la noche á las nueve. Las músicas militares y de los pueblos, tocaron hasta las once y media junto á las habitaciones de los regios huéspedes.

Se extrañaba no encontrar entre los individuos de la comitiva imperial al Sr. Gutiérrez de Estrada, que tanto había trabajado por la Monarquía mexicana. Los adictos á este señor le invitaron para que viniera á México y acabara de desarrollar los planes que desde tantos años antes había concebido; pero él contestó que en Europa nada se le había dicho y por lo tanto quedaba libre para seguir los impulsos de su corazón que le llamaba á la vida privada, á la que no renunciaría ni con la *seguridad* de poder ser útil según él lo entendía; gran sacrificio sería sin embargo, retirarse á la vida privada; pues su corazón de 1864 era el mismo de 1840 y exclamaba: «no hay nada á que no me halle hoy, como entonces, firmemente dispuesto.»

El Barón de Pont residente en Viena, había escrito por esos días, esperando del patriotismo del Sr. Gutiérrez, que serían vencidas las vacilaciones que con gran pesadumbre habían aplazado su marcha para México, donde sus consejos y esfuerzos serían tan útiles y necesarios, sobre todo al comenzar á establecerse el nuevo orden de cosas, y más cuando recibía señales de la insigne benevolencia con que le distinguía el Emperador de Austria, hermano del príncipe Maximiliano.

El Sr. Gutiérrez, que no se consideraba en Austria como extranjero, contestaba al Barón en términos semejantes al lenguaje que usaba siempre que se trataba de su venida á México; el hombre de la noche de Navidad de 1861 era el mismo del 3 de Octubre de 1863 y del 10 de Abril de 1864, siempre el individuo de 1840, pues bien, ese hombre no podía dar consejos cuando no se le habían pedido, y con tal motivo no podía decirse que hubiese valaciones de su parte. Además, su nombre en México se había constituido en bandera, pues que desde hacia un cuarto de siglo se le veía como propagador de una misma idea, la cual no podía